

## EL VAMPIRO

En primavera apareció en los círculos sociales madrileños un hombre que cautivaría a todo aquel, indistintamente del sexo que tuviese, que se cruzara en su camino. De unos treinta años de edad, su porte parecía extraído de los libros caballerescos de novelas. Sus cabellos morenos, brillantes, llenos de vida contrastaban con su rostro cetrino, más propio de un muerto que de un vivo. Sus ojos radiantes, ardían, y las llamas surgidas de sus profundidades se clavaban como flechas en el corazón de todas aquellas jóvenes que osarán interponerse en su camino. Su forma de vestir, siempre impoluto, elegante; sus modales siempre perfectos, cuidando todo detalle; sus palabras siempre correctas, nunca se le oyó insultar a nadie, ni alzó la voz más de lo debido, siempre respetuoso y atento; parecía más un personaje de ficción que de la pura realidad. Si a esto le añadimos la atribución de una de las mayores fortunas de Europa, e incluso, según algunos rumores, pudiera ser que del mundo, no es de extrañar que capturaré rápidamente la atención de los círculos sociales de más alto standing madrileños.

Todavía se generó un interés muy superior cuando, al intentar averiguar cosas sobre su persona, nadie consiguió ningún dato sobre él. Si bien se hacía llamar Sir Rumford, en su acento no se detectaba ningún signo que delatará su origen extranjero. Pero cuando hablaba inglés o francés ocurría otro tanto igual. Un periodista comenzó a seguirle para obtener más información sobre su persona. Pero nada. Todos los días, después de haberse estado relacionando con la flor y nata madrileña, solía retirarse a un pequeño chalet en las afueras de Madrid, en donde vivía completamente sólo. Su casero habló muy bien de su inquilino: era persona de hábitos tranquilos, no teniendo queja ninguno de los vecinos. Por otra parte, pagaba puntualmente el alquiler, cosa que hacía siempre mediante transferencia. El inquilino perfecto en opinión del buen hombre.

Como se supondrá, el siguiente paso que dio el periodista fue pedir informes al banco, para averiguar si realmente la fortuna que se le atribuía era real o no. El director del banco, gran amigo del periodista, lamentó mucho no poder ayudarle. La transferencia procedía de una cuenta anónima de un banco de suiza, siendo imposible obtener dato alguno referente a su propietario. En este punto, los bancos suizos son muy estrictos. Se juegan su reputación.

Después de este fracaso, el periodista todavía hizo algún que otro intento más por averiguar algún dato más del personaje que sometía a investigación, pero no consiguió nada.

La carencia de datos reales sobre Sir Rumford, unida a lo peculiar y atractiva de su persona, generó poco a poco una aureola de misterio en torno a él. Cualquiera que diera una fiesta no dudaba en invitarle, garantizando de esta forma la asistencia de muchos curiosos que veían en nuestro personaje alguien digno de admirar. Porque, por muy difícil que resulte de creer, causaba furor tanto en hombres como en mujeres. Para los hombres resultaba ser el perfecto compañero, mientras que para las mujeres daba la impresión de ser el perfecto amante. Todas quedaban prendadas ante su primera mirada. Y, a pesar de todo esto, no se le conocía pareja. La mayoría de la gente atribuía esta aparente falta de interés por el sexo femenino a su total discreción: seguramente estaba saliendo con alguien, pero prefería mantenerla apartada de las fiestas de sociedad, expuesta a todas las miradas y a todas las críticas. Porque era claro que quien fuera pareja de Sir Rumford iba a ser centro de muchas envidias y ya se sabe lo mala que es la gente. Posiblemente esta era la verdadera razón por la que no se le conocía pareja. Otros creían sinceramente que no había encontrado a nadie que estuviese a su nivel, y otros que era gay y que por eso

no se interesaba por las chicas que revoloteaban, cual mariposas, en torno suyo. Sea el que fuese el motivo nadie lo sabía.

Ana, como todas las chicas de su edad, quedó cautivada por la persona de Sir Rumford la primera vez que sus miradas se cruzaran, e incluso mucho antes. Cuando una de sus mejores amigas le habló sobre el personaje misterioso recién aparecido en la sociedad madrileña, Ana sintió tanta curiosidad que no pudo resistirse el conocerlo. Incluso antes de verlo por primera vez, sentía predilección por él. Perteneciendo a una de las mejores familias, no le costó mucho obtener una invitación para la siguiente fiesta con cierta cache. Era seguro que Sir Rumford asistiría, nunca se perdía una. Cuando sus miradas se cruzaron, pudo sentir un escalofrío recorrerle todo el cuerpo. Nunca se había sentido tan atraída por nadie. Por unos instantes, pasó de encontrarse en un salón repleto de gente, hablando de nada y desconociendo de todo, a encontrarse en ese mismo salón vacío. Enfrente suyo únicamente Sir Rumford. Ana pudo sentir cómo la inspeccionaban unos ojos minuciosos, cómo la desnudaban, penetrando en sus más íntimos pensamientos. Sentía el peso de su mirada. Él sonrió, sabía que ya la tenía presa, nunca antes la habían cazado. Tenía algo que la atraía de una forma... Tenía que ser suyo, de nadie más. No dejaría a ninguna chica acercarse hasta que supiera por qué se sentía así. ¿Era amor o él era un brujo que la acababa de hechizar? Necesitaba saberlo, pero sentía en lo más profundo de su ser que ese hombre sería suyo.

Todos estos pensamientos asaltaron a la joven en el transcurso de una mirada casual. Cuando Sir Rumford posó sus ojos en su acompañante, Ana fue consciente de que su amiga llevaba un rato hablándole. Al ver que el objeto de su deseo se interesaba por otra joven que no era ella, los celos inundaron el corazón enamorado de la joven. Con paso decidido avanzó entre el interminable gentío hasta ponerse a la altura de Sir Rumford, y agarrándole por el brazo, ante la sorpresa de todos, lo separó de su acompañante hablándole de la siguiente forma:

- Perdona, que le interrumpa. Pero estoy enamorada de usted. Cuando, hace unos instantes, nuestras miradas se han cruzado he sentido en mi interior cómo surgía un amor incapaz de controlar. Y como no me gusta andarme con rodeos, vengo a decírselo, exigiéndole que me corresponda.

Sir Rumford, ante semejante declaración de amor, procedente de una joven con la que nunca había tenido el gusto de hablar, y quizás a la que nunca antes hubiese visto, puesto que la mirada anterior pudiera muy bien haber sido una de esas miradas con las que se mira pero no se ve, se sonrió, dejando entrever unos dientes muy blancos que contrastaban perfectamente con lo rojo de sus labios. No contestó inmediatamente, antes bien, se tomó su tiempo para observar a la joven que con tanto arrojo le declaraba su amor. Cuando pareció estar satisfecho del reconocimiento, le dijo:

- Mi querida niña. Agradezco mucho el interés que parece sentir por mí. Es un orgullo que una chica de su belleza y de su juventud le diga a uno, ya tan mayor, las palabras que usted me ha dicho. Sin embargo, debo tomarlas por dichas muy a la ligera pues ni siquiera tengo el gusto de conocerla y dudo mucho que alguien se pueda enamorar de un desconocido, salvo, claro está, que el desconocido conozca al dedillo los gustos de quien quiere enamorar o sea un hechicero y use sus malas artes para encandilar a jovencitas despreocupadas.

Mientras decía su última frase en el fondo de sus ojos bailó una sonrisa malévola. Las comisuras de sus labios incluso ascendieron ligeramente. Se reía sin hacerlo.

Ana era una joven de unos dieciocho años totalmente malcriada. Conseguía siempre lo que quería. Al ser huérfana y disfrutar de unas rentas más que suficientes para vivir no se privaba de ningún capricho. Todo lo que quería lo tenía. Así acostumbrada, era normal que le molestara el rechazo, totalmente natural, por otra parte, que Sir Rumford hacía de ella. Así que, todavía con más ansias, deseaba tenerlo a sus pies. Sería suyo, costase lo que costase.

Sir Rumford no le negó su amistad, ni mucho menos. Su educación le prohibía ser descortés con alguien, y nunca negaría el saludo a nadie ni rechazaría una buena conversación. Y si la conversación además era con una joven de singular belleza, todavía mucho menos. Poco a poco, se fueron haciendo amigos. Sin embargo, el hermetismo de Sir Rumford seguía siendo total. Ana podía hablar con él de todo lo que quisiese. Si de un tema no sabía se quedaba callado escuchando y preguntaba cuando no entendía algo. Si, por el contrario, lo dominaba se explayaba en todo tipo de explicaciones, intentando que sus oyentes entendieran todas y cada una de sus palabras. De todo hablaba salvo de sí mismo, tema que eludía con gran insistencia. Había un tema que parecía interesarle sobremanera: los vampiros.

- Siendo yo muy joven - comentó, en una ocasión, hablando al respecto - un vampiro convirtió a uno de las personas más importantes de la ciudad en la que yo vivía. El caso se mantuvo oculto a los medios de comunicación para evitar la alarma general. Según dijeron, le dieron caza, clavándole la consabida estaca en el corazón, decapitándole y después de incendiarlo esparcieron sus cenizas al río. Todo esto en presencia de su hijo, de unos ocho años de edad, y de su mujer. La mujer quedó tan trastornada por el incidente que acabó suicidándose. El hecho fue la comidilla durante varias semanas. Sobre todo, porque el vampiro que lo había iniciado todo había conseguido escapar. La gente tenía miedo de que convirtiera a otros y que la historia se volviera a repetir. Si eso ocurrió nunca se llegó a saber. ¿Qué fue del vampiro? Nadie lo sabe. Seguro que sigue por ahí chupando la sangre a las jovencitas que se crucen en su camino.

Mientras hablaba sus ojos adquirieron un brillo totalmente desconocido para Ana. ¿Era diversión, crueldad o cualquier otra cosa lo que reflejaban mientras pronunciaba la última frase? No lo sabía. Al imaginarse la escena de dar muerte al vampiro, Ana estuvo a punto de caerse de la impresión. Se le revolvió el estómago y estuvo a punto de devolver. Sir Rumford la miraba sonriendo. Parecía disfrutar atormentando a los demás de forma indirecta.

- Por un momento - comentó Ana, una vez recuperada - me ha engañado. Es evidente que su historia es totalmente falsa, y lo es por dos motivos: uno, que los vampiros no existen, no son sino una fantasía creada para asustar a los niños y mandarlos a la cama; segundo, que en el siglo en que vivimos, clavarle una estaca a alguien, sea vampiro o no, es un delito, pero ya decapitarle... eso es una barbaridad más propia de gente ignorante que de gente culta como usted, Sir Rumford.

- La historia que he contado sucedió hace muchos años, - respondió Sir Rumford - cuando yo era muy joven. En el sitio del que vengo sí se cree en la existencia de los vampiros, y se les da muerte como he descrito.

Transcurridos seis meses, Sir Rumford le informó que dejaba España para emprender un viaje de un par de años. Recorrería Francia, Italia, Grecia, Turquía, China, Japón para finalizar con una visita a los Estados Unidos. Ana, desde pequeña, siempre había querido viajar, conocer mundos desconocidos, culturas diferentes, por eso no dudó en unirse a Sir Rumford en su viaje. Se le presentaba la perfecta ocasión para convivir con él y poder, de esta forma, ahondar en su misteriosa persona. Creía firmemente

que al pasar mucho tiempo en su compañía acabaría cayendo rendido a sus pies. Sir Rumford no objetó nada a su compañía.

En dos semanas partieron rumbo a París, la ciudad del amor. Ana se regodeaba pensando en cómo iba a disfrutar paseando junto a Sir Rumford por los campos Elíseos. Mientras el coche que les llevaría a París cruzaba las carreteras españolas a mayor velocidad de la recomendada, se veía con su acompañante montados en un barco surcando el Sena. Ella, inclinaría su cabeza apoyándola en su hombro, él, la rodearía con sus fuertes brazos la cintura. Todo el viaje lo pasó en ensoñaciones de este tipo, deleitándose, imaginando cómo cazaría a su presa. Y lo agradeció mucho. Aunque a Ana le daba miedo volar y desde el primer momento había tenido intención de ir en coche, le sorprendió bastante el que el propio Sir Rumford optase por el transporte terrestre en lugar del aéreo. El viaje, lo hicieron en dos trayectos, para no cansarse. Viajaban de noche y dormían de día. Según su compañero de viaje resultaba mucho más agradable conducir a la luz de las estrellas que a la luz del sol.

Los días, en la capital francesa, transcurrieron plácidamente. Sir Rumford alquiló las mejores habitaciones en uno de los mejores hoteles parisinos y fue, poco a poco, convirtiéndose en un personaje imprescindible de la noche de la ciudad francesa. Siempre salía de noche, nunca de día. A veces, a Ana, le daba la impresión de que su compañero aborrecía la luz del sol, pero su comportamiento no era tan extraño. La mayor parte de los ricos herederos desconocen lo que es levantarse a las siete de la mañana, no amaneciendo hasta por la tarde. Se puede decir que viven de noche. Y Sir Rumford no iba a ser la excepción.

Aunque inicialmente tenían pensado pasar unos cuantos meses, una extraña enfermedad les obligó a abandonar París antes de lo previsto. Los médicos no daban crédito a sus ojos al ver los síntomas que los pacientes presentaban. Y parecía que se iba extendiendo poco a poco. En opinión de algunos, se trataba de un nuevo tipo de virus que atacaba directamente a la sangre, destruyéndola. El primer caso aparecido se dio precisamente en el hotel en que se encontraban. Al principio, como era de esperar, la dirección del hotel intentó acallarlo para evitar la consecuente estampida de la clientela. Pero, cuando, a las semanas, se sucedió el segundo y tercer caso, no pudieron continuar guardando silencio informando a las autoridades competentes. Todos los enfermos solían presentar los mismos síntomas: la primera noche que aparecía la enfermedad se sentían muy cansados, pesados incluso, incapaces de moverse, como si algo les sujetará a la cama. En sus sueños, solían ver una especie de monstruo - en este aspecto ninguno coincidía, unos decían que era un monstruo, otros que una pantera, otros que un animal deforme - pasear a los pies de su cama. El miedo les paralizaba. Cuando el monstruo decidía que su presa estaba lo suficientemente amedrentada saltaba sobre ella hincándole los dientes en el pecho. Según relataban los enfermos, en ese momento sentían una sensación mezcla de placer y dolor. Un escalofrío les recorría todo el cuerpo haciéndoles vibrar todos y cada uno de sus nervios. Por la mañana, aparecían con dos pequeños moretones en el pecho. Estas alucinaciones se solían repetir todas las noches, muriendo de forma irremediable al cabo de unos días.

La dirección del hotel, sospechando que las muertes eran producidas por la picadura de algún tipo de mosquito escondido en el equipaje de una expedición procedente de Africa recientemente alojada en el hotel, decidió fumigarlo entero en busca del pequeño asesino. Hubo clientes, entre los cuales se encontraba Sir Rumford, que dando rienda suelta a su imaginación, atribuyeron el caso a un vampiro. Sin

embargo, como a Ana la idea de morir, ya fuese por la picadura de un extraño mosquito o a manos de un vampiro, no le hacía ninguna gracia rogó a Sir Rumford que partieran cuanto antes.

- Hay ciertas cosas - le dijo Sir Rumford con una sonrisa maliciosa en los ojos - de las cuales es imposible huir.

Con todo, nada más que Sir Rumford cerró los negocios que le llevaban a París, negocios totalmente desconocidos para Ana, se apresuraron a partir rumbo a Roma.

La curiosidad es mala consejera. La atracción que sentía Ana por Sir Rumford procedía, fundamentalmente, de la atmósfera de misterio que envolvía a su compañero. ¿Qué tipo de negocios eran esos que le hacían viajar por todo el mundo? ¿Era multimillonario o no era más que un pobre representante que se las daba de tal? Estas preguntas se hacía Ana mientras iba sentada en el coche camino de Italia. Decidió responderlas. Aunque la mayor parte del tiempo pasada en París la había pasado junto a Sir Rumford, había veces que excusaba el no poderla acompañar por necesidad de tener que atender ciertos tipos de negocios. Ana le seguiría para averiguar qué tipo de negocios realmente se traía entre manos Sir Rumford.

Después de acomodarse en uno de los mejores hoteles romanos, y después de que Sir Rumford pasara a ser, como ya había ocurrido en Madrid y en París, uno de los personajes más notables de la noche italiana, Ana tuvo la oportunidad de investigar los negocios en que se movía su compañero de viaje. Una noche, estando en una fiesta, Sir Rumford recibió una carta.

- Lo siento, querida - le comentó - pero he de irme. Cierta tipo de negocios me reclaman. Espero que disfrutes de la fiesta. Nos vemos en el hotel.

Y dándole dos besos se despidió de ella.

Ana, en lugar de quedarse en la fiesta como hiciera en otras ocasiones, le siguió. Se sintió ridícula, cuando, en un mal italiano, le dijo al conductor del taxi al que acababa de subir:

- Siga a ese taxi.

Mientras apuntaba al taxi al que subiera Sir Rumford. El taxista la miró sonriendo, y sin decir nada, procedió a ejecutar las instrucciones recibidas. Después de callejear durante un buen rato, Sir Rumford, bajando del taxi, echó a correr por una calle estrecha y oscura.

¿Por qué corría? Se preguntaba Ana. ¿La habría descubierto? La joven pensaba sinceramente que Sir Rumford debía ser poco menos que un mafioso y por eso mantenía oculto el tipo de actividades que solía llevar a cabo.

Después de pagar al taxista, se bajó del taxi y echó a correr por la calle por la que se introdujera su amigo. La oscuridad era prácticamente completa. Sólo una farola daba un poco de luz a la calle. Y el silencio era total. ¿Dónde se había metido Sir Rumford? Un laberinto de callejuelas, a cada cual más estrecha, se habría ante ella. No sabía por donde seguir.

De repente, oyó un grito de mujer. Sin saber por qué, sin pensar en las posibles consecuencias, Ana echó a correr para ayudar a aquella que pedía auxilio. Al llegar sus ojos contemplaron una escena que difícilmente podía olvidar. Una mujer yacía en el suelo. Su cuello, desgarrado por la mordedura de un animal, no paraba de sangrar. A su lado, dos hombres, uno de ellos Sir Rumford, luchaban. Uno intentaba clavarle una estaca en el corazón al otro, mientras que el otro intentaba desgarrarle la yugular como antes hiciera con la joven.

Ver a Sir Rumford todo manchado de sangre, forcejeando por su vida, entender por primera vez por qué sabía tanto sobre vampiros, por qué nunca salía a la calle de día, fue un duro golpe para Ana. Se había enamorado de la persona equivocada. ¡Había pasado tantos días a su lado sin sospechar nada! Nunca la había atacado, pero sabía que acabaría por hacerlo. Por mucho que le doliera tenía que alejarse de él.

Estuvo corriendo por las calles durante un buen rato hasta encontrar un taxi que la llevase de vuelta al hotel. Sin dudar, redactó una nota diciendo que asuntos de su herencia la requerían de nuevo en España no pudiendo continuar el viaje, amontonó en las maletas toda su ropa y salió corriendo temiendo encontrarse a Sir Rumford en la entrada del hotel. Gracias a Dios, no lo volvió a ver.

Sin embargo, el amor había hecho mella dentro de su corazón y olvidarlo no era tan fácil. Después de varias semanas decidió buscarle y contarle lo que había presenciado. El amor era lo más importante para ella. Si era necesario le entregaría su sangre y vivirían como vampiros eternamente. Todo lo decidiría él.

Una vez decidida comenzó a buscar de nuevo a Sir Rumford. Como era un personaje que llamaba tanto la atención encontrarle no le fue nada difícil.

Ana, apoyada en la pared, esperaba enfrente del portal donde le habían dicho se alojaba Sir Rumford. Después de unas horas vio cómo se acercaba su figura lentamente.

- Buenas noches - le dijo Ana.

Sir Rumford, como si la hubiera estado esperando, no pareció sorprenderse de su presencia.

- Cuanto tiempo sin vernos - respondió, mientras tranquilamente abría el maletín que llevaba y comenzaba a buscar algo.

- ¿Es necesario acabar así? - prosiguió Ana hablando, mientras se acercaba a Sir Rumford. Sé lo que eres y sé lo que buscas. Es tiempo de quitarnos la máscara. Durante varios meses has estado jugando conmigo, con mis sentimientos. En lugar de ir a por mí directamente tenías que divertirme destrozándome el corazón. Cuando me di cuenta de lo que eres intenté alejarme de ti, pero no he podido. Te amo, te necesito. Si me quieres aquí me tienes.

Mientras pronunciaba estas últimas palabras se cortaba la yugular con un pequeño puñal, que había mantenido escondido en su mano. Como si de un volcán en erupción se tratara, la sangre comenzó a brotar. Lentamente le iba cayendo por el pecho manchándole la camisa. Al llegar a la altura de Sir Rumford abriendo los brazos para abrazarle, colocó su cuello a la altura de su boca para que pudiera succionar. Un grito de dolor rompió el silencio de la noche. Ana, cayó hacia atrás. Una lágrima roja, con toda la pasión almacenada en su corazón, cayó de sus ojos dilatados por el horror y la tristeza. Al irse toda su fuerza se dejó caer de rodillas mientras miraba a Sir Rumford.

- Es curioso - dijo Sir Rumford. Resulta ser verdad el dicho de que los vampiros lloran sangre. Hace años, siendo niño, una vampira se enamoró de mi padre y lo transformó con el bautizo de sangre. Cuando nos enteramos le dimos caza, clavándole una estaca como la que te acabo de clavar, le cortamos la cabeza y le incineramos. Mi madre, no pudiendo soportar la pena, se suicidó. Yo, juré no descansar hasta haber acabado con el ser vil que convirtió a mi querido padre en un monstruo. Durante estos años, he exterminado a muchos vampiros, pero nunca, hasta hace unos meses me lo encontré cara a cara. No me reconociste, ¿verdad? Es normal, aunque nos vimos hace mucho tiempo, yo todavía era un niño. Pero

nunca me olvidé de tu cara. Todas las noches, antes de acostarme te recordaba, soñando con este momento. Y, por fin, te he dado caza.

Ana, momentos antes, había tenido la secreta esperanza de poder transformarle convirtiéndolo en su compañero eterno. Con la mirada clavada en el suelo, las manos sujetas a la estaca, no deseaba vivir sabiéndose ser despreciada por su amor. No se movió cuando oyó cómo su ejecutor desenvainaba una espada oculta en su abrigo, solo lloraba. Se acababa todo, su vida eterna llegaba a su fin. Estaba cansada. No quería seguir sin sentirse querida. Quería dormir, descansar en paz. La espada se alzó para conceder su último deseo.

Sir Rumford, prendió fuego a los restos de su víctima, después de haberlos trasladado a un descampado. La noche debía de ser muy fría o debía de haber mucho polvo en el aire, pues a un observador casual que presenciara la escena le habría dado la impresión de ver cómo una lágrima surcaba su rostro mientras incendiaba los restos de la vampira. Pero seguramente no fuese sino el rocío de la mañana.

Autor: AMLP